

El Busto

Jens Bücher

Para Jennifer

El Busto
Jens Bücher
2011
Der.Res.: Jens Bücher
Nº Inscripción: 198927
Santiago, Chile
www.persona.cl
www.bucher.cl

El acuerdo
fue obvio y natural,
te pidieron a ti
la creación del busto,
al hermano artista,
al profesor y guía
de tantos escultores,
qué mejor coincidencia,
comentaron,
y eligieron ya el lugar
donde erigirlo,
a la entrada,
a la derecha,
homenaje, respeto y gratitud
a nuestro músico
que llenó de vida y fama
el gran teatro
de esta ciudad,
dijeron,
orgullosos de cuanto
ocurría bajo su mando,
a ti, a quién otro,
al hermano,
si lo conocías
como nadie más.

Pensaste en la máscara
que volcaste en yeso
durante su último yacer
allá en la mitad de la sala,
su cara relajada
y terriblemente ausente.
Pero tenías retratos también,
en lápiz, en carbón,
nacidos de momentos felices
muchos años atrás.

Claro,
lo puedo hacer,
pensaste.
Mas una pared
se erguía delante de ti,
una muralla voluminosa
que te volvía serio
y parecía bloquear
todo mañana.

Cerrados los labios,
la espalda pesada,
inhalando con fuerza
y suspirando aquí y allá,
dudaste trabajar,
querías estar lejos,
no tener que ver a nadie
por días o meses
y dejar que algo cambie.

Tampoco quisiste
ir a la escuela,
no querías enseñar
ni explicar ninguna cosa,
pero que te dejen solo
con todo esto otro
que resolver
y sin poder saber.

Juegos en la infancia,
imágenes brillantes
de colores alegres,
tu hermanito despierto
persiguiendo una pelota
ladera abajo,
su carita de sorpresa,
luego desilusionada,
y la pelota lejos.

Una noche de lluvia
no quería comer
y lo retaron,
igual no comió
y miraba casi con culpa
pero se impuso con fuerza
e infantil determinación.

Recordaste el gorrión
que se agarró
a su camisa,
y él lloró
de susto o sorpresa,
y tú le mostraste
la feliz ocurrencia -
y se le pasó
el llanto.

El cello infantil
con que jugaba
día tras día,
su amigo del alma,
y con quien conversaba
en silencio
moviendo sus labios,
y después te contaba
historias del cello
con ojos abiertos,
años, sí, unos años antes
de su primer piano.

Fuiste
su ángel de la guarda,
su guía, su maestro,
sin que él lo notara
le indicabas
dirección y sentido,
lo volvías a
verdad y simpleza,
a las leyes del mundo,
al orden de vida y fluidez.

Quizás con él
ejercitaste tus dones personales,
tu capacidad de motivar,
de abrir al aprendiz
la magia de lo propio,
de desarrollar y expresar
verdad y claridad
desde su vida emergente -
estos dones
que te harían fuerte
de adulto más tarde,
quizás de niño
ya los fuiste ejercitando
aquí con tu hermanito
de ojos rápidos
y abiertos al mundo,
con este niño
sin más guía que tú -
tus dones
generosos y nutrientes
sin igual.

Ángel, guía, maestro,
hermano como pocos,
sin más premio
que tu conciencia satisfecha,
claro,
creciste hacia el ideal
que tú generabas silencioso
desde tu propia nobleza.

Y más tarde,
cómo te pesaba
su rápida inteligencia,
su falta de arraigo,
cómo hacía él
locuras sin meditar,
se lanzaba sin frenos
hacia adelante,
a ver qué ocurre,
y se ponía en peligro.

Pero a veces te escuchó,
más tarde,
y enmendó rumbos,
porque, claro,
que te respetaba no había duda,
te sabía más sabio
y apreciaba en ti
tu desprendida elegancia.

Pero sus locuras,
cómo te desarmaban.

Con los años
cambió su arrojo
y volcó la osadía
hacia lo profundo,
hacia su corazón,
hacia emociones y contenido,
hacia lo difícil,
hacia las riquezas del alma.

Ya tenía en esos años
un cello grande
y este cello lo hacía cantar
como que fuese una orquesta,
soltaba al aire
las fuerzas de la vida,
remecía las bases
de sus juveniles convicciones
con su canto poderoso.

Tocaron juntos
felices tantas veces,
te acompañaba en el piano
lo que tú hacías
en tu viola enamorada
y sutilmente anhelante,
improvisaba y volvía,
te daba el pase
y tú cantabas otra vez,
humilde y seguro.

Más tarde
separaron caminos,
él siguió
inmerso en ríos de música,
tú tomaste lápiz y papel,
trabajaste con greda,
con yeso, con madera,
quisiste ir sin prisa,
más callado, menos pretencioso,
te parecía,
querías dedicar tiempo
al esfuerzo silencioso,
ser generoso
con tus manos rigurosas.

Claro,
después fue la piedra,
piezas de mármol,
siempre practicando
el saber lo justo,
la lenta transformación
en tu delicado corazón
hacia la transparencia,
hacia la luz dadivosa
de formas y perfiles,
hacia un hogar
de anhelos limpios
y sin doblez.

Pero él,
más terrenal,
quizás no lograría seguirte
jamás.

Lo viste hacer
mil cosas,
errores, enmiendas,
osadías incomprensibles,
pero se encontraban de nuevo,
en asuntos de música,
de expresión, de reserva,
hermanos al fin,
no podía ir muy lejos de ti,
había terreno común
aquí y allá.

A veces entraba
al taller
y te miraba,
observaba tus piedras,
tus maderas,
te pedía más dibujos,
o guardaba silencio
por largos minutos,
siempre sentado,
a su manera,
descansando,
pero su alma
estaba prendida siempre,
una hoguera de sentido
quemando cada segundo.

Años iban
y tú adelante hacia la madurez,
más tarde hacia la vejez,
siempre más sereno que él,
con más experiencia,
con más aire y paz
en torno a tu frente sincera,
haciendo camino
que él a veces también
seguía respetuoso.

A veces.

Desaparecía.
Se perdía de tu vista,
te decía viajes,
más y más conciertos,
vacaciones, retiros,
y tú no sabías de él
por meses, incluso años.

Le tomaba
un viento de alma
y cuando volvía
lo percibías distinto.

Te sonreía
y te deseaba el bien,
pero algo había cambiado.

Te preguntaba
al medio de tu corazón
y te desconcertaba,
no sabías cómo tomarlo,
qué decirle -
preguntaba más,
pero después callaba.

Incluso su música
te costaba entender,
leías, tocabas,
repetías tratando de madurar
melodía y armonía,
serio te dabas tiempo
y con suerte algo se te abría,
pedazos, trozos
de sentido humano
en los que lo reconocías.

Te preguntaste
muchas preguntas,
dudando, esperando,
trabajando tus respuestas,
sin saber si admirarlo
o si tenerle más paciencia.

Abriste la carpeta
donde guardabas retratos,
cariñosos dibujos
de amigos, de parientes,
a veces de extraños
que ya no recordabas.

Sacaste aparte
los de tu hermano,
varias hojas
con perfiles, vistas de frente,
junto a su piano,
tocando el cello,
arrimado a una mesa.

Esa frente bien trazada
y que te costaba entender.
Manos viriles,
más anchas que las tuyas,
y como las tuyas sinceras.
La mirada -
su mirada captada
con tus trazos exactos
diciendo algo
que se te iba
como arena entre los dedos.

¿Quién fue mi hermano?
Mientras más buscaste
entre los dibujos
más lejos parecía
irse la respuesta.

¿Qué supo?
¿Hay algo aquí en mi corazón
que algún día sabré como él?

¿De qué
estaba hecha su seguridad?

¿Qué conquistó
con su natural osadía?

La muralla -
en mil versiones.
Siguieron días
en que no quisiste
preguntar ni saber,
horas sueltas
por semanas y más semanas,
caminaste largos paseos,
mirando, observando,
pero sin aprehender
la figura esquiva.

Su mirada misteriosa
que no sabías recrear
en el centro de tu intimidad,
los silencios
en que te envolvió
cuando no le seguías
al ritmo
de su intensidad ardiente,
lo amargo en su música
de a poco mutando
en seguridad y felicidad
cuando lograbas llevar a término
alguna extraña frase musical,
su alegría triunfadora
que ya parecía contagiarte
pero la frenabas, apenas,
inseguro de ti -
y de nuevo se escapaba
su fuerte esencia
cuando era ya casi tuya.

¿Cómo, te preguntaste,
cómo lo represento,
si no logro asirlo?

¿Qué no sé?

Miraste a la lontananza
sobre los últimos techos
hacia el campo,
hacia pradera y colinas,
hacia las montañas
a lo lejos.

Fue su vida
esta luz, pensaste,
este enfrentar erecto
la seriedad de cada momento,
el resistir frente a la duda,
el no claudicar,
el intentar una y otra vez
la maduración
de todo débil inicio.

Fue él la matrona
de su propia intimidad,
con mano convencida
ayudó a nacer
cuanto sentido
quiso intuir
en su alma sensible.

Cruzó los tiempos
con la frente alta
viendo
lo que apenas ahora
comienzo yo a ver,
te dijiste,
avanzó hacia lo ignoto
convencido y seguro,
y en la música,
en la música de él,
más tarde,
copió lo vivido.

Como un toro joven
arremetió contra todo,
por placer,
por descubrir los límites,
por expresar
los excesos de su alma,
arremetió él
contra el sufrimiento,
contra lo disperso,
contra el futuro.

Eso está en su música,
en los cientos de pentagramas,
en los miles,
la apuesta humana,
que sí, que somos capaces,
que podemos resistir y cruzar,
que es nuestro el universo,
el corazón primero pusilánime
ahora feliz al otro lado
de la lograda experiencia.

Y lo que yo a veces
siento al marcar la greda
con mi sello personal,
pensaste,
él lo sentía a diario,
de acorde en acorde,
cruzando melodías,
creando silencios sagrados
y bendiciones
terrenalmente santas.

Jugó
con lo difícil,
fue, volvió,
de nuevo y de nuevo,
su osadía por delante.

Sí, pensaste,
maduró antes,
y yo no lo supe.

Era fácil decirse
es un exceso,
pero ahora, reconocías,
es duro ver
que estuve equivocado.

Mis dibujos
captaron la mirada profunda
pero no su sentido,
ese sentido que a mí ahora
parece emerger del alma
al recordarlo.

Mi vista adiestrada
a conjunto y detalle,
a volumen y sombras,
a fuerza y delicadeza,
mi vista famosa
entre amigos y críticos
no supo ver.

Como culpa
pesa en mi respirar
la falencia vergonzosa,
el vacío irreparable.

¿Cuántas horas
de conversación interesante
no aborté
con mi ligereza,
con mi lejanía inexcusable?

Y él,
al no recriminarme,
al no empujarme,
¿quiso protegerme?
¿quiso ser generoso?

Creen
que hacer su busto
es una cosa de horas,
de días cuando más -
meditabas,
que retratarlo
es juntar bocetos
y elegir el mejor,
trasladarlo a greda y yeso,
vaciarlo en bronce
y ya, listo.

Saliste a caminar,
a seguir largas avenidas,
a ver árboles,
a sentir viento y cambio de hora,
no podías dibujar,
no querías saber de tu oficio,
de tu graciosa facilidad
para crear espacios y verdad.
Caminaste
con labios cerrados
y frente seria
por entre gente
lejana a tu corazón.

Creen
que hacer su busto
es cosa de manos expertas,
de materiales,
de horas ocupadas.

Como los árboles
que ibas dejando atrás
tienen arraigue firme
en la tierra
que los alimenta,
sentías
tus propias raíces
crecer
hacia lo profundo de ti
en busca
de alimento y reciedumbre,
anhelabas
cobijo y hogar,
un tiempo generoso
en piel y alma,
una mano protectora
que a tu corazón
nutra cariñosamente
con robustez y claridad,
soñabas
con clemencia y gracia,
querías ya casi percibir
una voz de ánimo,
una seña buena,
un gesto apenas -

así como ibas
de cuadra en cuadra,
dejando atrás
árbol tras árbol,
estos árboles altos
al lado de tu camino,
árboles
firmes y queridos.

Intimidante
como esa muralla en Orange
que quita el aire
y aplasta esperanzas,
aquí tu propia muralla
socava tus fuerzas,
te impide seguir,
oscurece el futuro
y te niega entender.

Qué no sé,
qué no sé hacer,
te preguntaste mil veces,
por qué no sé
abrir y entrar,
por qué me pasa a mí,
por qué ahora.

Ejercitaste la renuncia,
el humilde
llevar la carga
sobre tus hombros viriles,
practicaste
el dejar que sea,
te rendiste
de nuevo y de nuevo,
pero no,
seguía igual
la imponente muralla
delante de tu sentir,
cerrando, negando,
impidiendo
empatía o sentido,
la figura del hermano
sentida y ya propia,
al fin -
no, nada de eso,
sino
el peso sobre el corazón,
el aplastado,
a través de horas sin fin.

Claro,
él sabía lo de los tiempos,
sentiste,
no me empujó,
no me recriminó,
sabía del lento
avanzar del corazón
por los paisajes del alma,
insististe,
y me dio
tiempo para madurar,
tiempo sin apuro,
claro,
esperó sin decirlo.
Lo tiene que haber sabido
todo esto,
desde luego -
íntimamente.

Y ahora era tu turno.
Caminar
con el corazón inmaduro
y la mente
llena de preguntas,
anhelando
y no sabiendo,
tu turno ahora,
caminar
por los caminos
que hizo tu hermano
en la soledad de su hora,
el osado,
derecho en contra de lo difícil,
aprendiendo
este otro aprender
sin palabras
y en medio del corazón,
tú dudando
¿seré capaz algún día,
sabré como él
en medio de mí?

Buscaste
entre sus cosas,
papeles, notas,
leíste aquí y allá,
fuiste al piano,
quisiste tocar,
mover tu alma,
pero no,
nada fluía.

Una tarde te sentaste
en su sillón preferido,
en la mesa de arrimo
tenías música
de sus últimos años.

Algo había en el aire,
en el ambiente amistoso
de este día tranquilo,
cierta paz
en que te sumergiste
siguiendo
acordes y armonía,
líneas melódicas
apenas insinuadas
y bellas infinitamente.

Fueron horas recogidas
en que te dejaste ir
en tu lectura musical,
horas cercanas
a tu hermano creativo,
horas
en que se abrieron cosas
a tu corazón sensible,
historias de desarrollo,
de un avanzar maravillado,
claro, suspiraste,
el reverente de mi hermano,
solo como fue.

Adagio
para piano y orquesta.

Una introducción del piano
en acordes profundos,
llenos de vida,
diciendo y quitando,
seguro y dudando,
una orquesta
que de a poco
se une,
casi no queriendo,
invitando, apoyando,
pero dejando que sea.

Y entonces el canto.
No sabías
que un piano puede
lo que ibas leyendo,
cantar como esto,
paz y seguridad
en las notas limpias
de esta melodía
sostenida
por nuestra naturaleza,
por la sangre que somos,
canto
de quien sabe callar,
de quien sabe respirar,
pero ahora canta
de tono en tono,
de verdad en verdad
humanamente.

Lo leíste de nuevo,
admirando
compás tras compás.

Cuando saliste de su casa
tu cara iba blanda
y afuera era noche.

Cuarteto para flauta,
viola, cello, timbal.
Lo has leído horas, días,
casi una semana ya,
y no puedes dejarlo,
la misteriosa pieza
que atrae y frena,
dice y esconde
a tus oídos inciertos
algo que fue caro
a su corazón despierto.

Timbal y flauta,
quién lo hubiese creído,
timbal y cello,
por dios, mi hermano,
o amigos leales
flauta y cello,
melodías, quiebres,
acordes de paz
o hacia adelante,
fuertes,
cambiando el mundo
con el poder del vivir,
pariendo alegría de la pena,
golpeando el sufrir
o soltando hacia lo libre
las cadenas del anhelo.

¿Cuándo escribiste esto,
hermano,
cuándo?,
y yo no sabía.

Y afuera, caminando,
no podías levantar
hombros o pecho,
suspiro tras suspiro,
frente a la pérdida
sin vuelta.

Envidiaste
tan a menudo
a los simplones,
a los insensibles,
a los ciegos de alma,
así como hacen y viven
sin responsabilidad
en el corazón,
ensuciando, despilfarrando,
depredando a quien
cruza su camino arrogante,
negociando, escalando,
riendo del amor,
felices, despreocupados,
creyentes
en la manipulación y la ventaja
implícitas en su evangelio
retorcido.

Ser tan distinto
a como he querido ser,
te dijiste,
claro,
a veces dan ganas
de ser ciego, liviano,
ir por la vida
despreocupado, desconsiderado,
sin saber de seriedad,
raíces o profundidad,
sin saber de resonancia
ni empatía para con el débil,
volar por la vida
como dueño de la verdad,
dan ganas, claro,
no saber de desánimo,
de falta de fuerzas,
de desafíos
que parecen más difíciles
que todo lo que puedo,
claro, a veces,
como hoy.

Pasos adelante,
pasos atrás,
parece jugar la vida
con nosotros
a ver qué sale
con sus dados extraños,
qué combinación,
qué fortaleza nueva
surge al día
desde estos animalitos
débiles e ingeniosos
pero a veces
honestos sin igual.

Árboles
queridos un día,
odiados otro,
vaya uno a entender,
vaya uno a saber
si adentro algo madura
después de todo
y esto vale la pena.

Leías,
caminabas feliz,
leías más,
caminabas destruido,
queriendo saber
en el corazón
aún pusilánime,
queriendo saber
en piel y vista,
desde las entrañas
y sin dudas,
así como enamorado
tal vez,
seguro y poderoso,
queriendo saber
lo que tu hermano
supo bien
en su corazón solitario
tanto antes que tú.

Cello solo.

Cascada de armónicos
bajando, cayendo
al fondo de la paz,
bendito discurso
uniendo el mundo
con notas simples,
melodía generosa
diciéndolo de nuevo,
de mil maneras,
hay paz, hay belleza,
hay canto reverente
emergiendo
de serenidad y gratitud,
bondadosa esperanza
anudada al arco
que va y viene,
sutil poder de vida
vibrando en la madera.

Ancha se hace la hora,
amplia y profunda,
casi no lo puedes creer,
mar de felicidad terrenal,
mar de luz espiritual,
lágrimas cayendo
desde tus ojos claros
sobre mejillas inexpertas,
sorprendido
tomas conciencia,
las manos cruzadas
sobre el bajovientre.

Apoyaste al débil,
le enseñaste a confiar,
a ver lo que ven sus ojos,
a trazar lo obvio
y no agregar a la verdad,
hiciste tu camino
como profesor exacto,
como guía generoso
hacia la fuerza
residente en cada alumno,
en él y en ella,
te empeñaste
a tu elegante manera
en construir en el arte
un mundo más limpio
para hijos y nietos -
pero ahora,
avanzados los años,
desde la tumba
tu hermano te mostraba
un mundo
más fértil aún,
una realidad nacida
de la ausencia de empeño,
de la gratuidad,
de algo más obvio aún
que todo lo visible,
qué vuelco, por dios,
qué giro en tu vida
honesto y serio,
ahora, tarde, solo,
sin poder compartir -

sino algún día,
pensaste,
decirlo en la greda
o con un lápiz,
la verdad del corazón.

Decir,
claro,
decir lo propio,
pensaste,
así como uno avanza
a lugares más profundos,
más naturales,
así como uno madura,
si puede, si quiere,
y siente distinto
en el corazón perceptivo.

Marcar la greda
de otra manera,
más suelto, más liviano,
y que se exprese la fuerza,
no la de uno
sino otra más grande.

El lento vuelco
a tu edad avanzada,
la transformación paulatina
a la que expones tu alma,
el cambio emergente
de frustración e impotencia,
de días felices
o más tarde
oscuros de nuevo.

¿Arte?
¿Salud?

Y a los alumnos,
¿se les puede mostrar?

Enseñar
un silencio,
el cruzar dudando,
el caminar
impaciente sin saber,
educar
a vivir el callar
antes de trazar
labios cerrados,
¿se podrá?,
a avanzar
tratando de ser osado
cuando tiembles
y no quieres más.

O tal vez
se logra
sólo con algunos,
mostrarles el camino
y dejar que elijan,
hacerlo como tu hermano,
esperar
y esperar
y esperar.

¿Qué será
de mi trabajo
si continúo,
si abandono
lo antiguo, lo conocido,
qué será
de mis alumnos?

Claro,
todo parece moverse
debajo de los pies,
en la mente,
alrededor de la vista.

¿Qué será
si no continúo?

Sonatas para piano
escritas
como cartas a la amada,
más y más,
solos para violín,
para cello,
una sinfonía aquí o allá
esparramada en los años
de su vida
como si nada,
dos misas a su manera,
sin dios pero
más devotas y espirituales
que muchas otras,
cuartetos extraños,
profundos, misteriosos,
extraídos
desde los orígenes de la vida -
legado musical
expuesto en librerías,
sobre el piano,
un montón de borradores
apilado en la silla,
otros varios en el suelo.

Y ahí su cello.

Qué muerte
más incomprensible,
sentías,
qué corte monstruoso
en medio del tiempo,
amputación maldita
- y yo llegar tarde
a todo esto -
antes de comenzar,
antes de comprender
y de compartir
horas y horas
con el hermano
osado y querido.

En el taller
las herramientas
parecen esperarte,
parecen estar ansiosas
que quieras trabajar,
que quieras usarlas
como en tiempos pasados
cuando todo era fácil
y de las ideas
al volumen afuera
el camino era corto,
más un asunto de claridad,
de rigor, de honestidad
y de empeño manual.

Entraste
sintiendo distinto,
percibiendo
tu actitud cambiada,
alegrándote
de todo lo que había ahí,
la riqueza
de herramientas, de útiles,
todo dispuesto
a iniciar
algo nuevo quizás,
algo nunca intentado
en este espacio creativo
de tantos años.

Incluso
los baldes con greda,
las bolsas con yeso
y el cajón con restos,
todo parecía preguntar
algo que no supiste
poner en palabras,
una pregunta
infinitamente abierta
en medio
de tu corazón artista.

Quisiste empezar.
Tenías decidido
hoy sería el día.
Pero algo se quebró
a mitad de camino,
algo no quiso
en tu intimidad,
algo dijo
todavía no.

Siguieron
frustración y rabia.
El desánimo
tiñó tus acciones,
cayó sobre tu ánimo
como lluvia
en medio del invierno.
No podías creerlo.
Habías supuesto
estar tan cerca
por fin
del flujo creativo,
de poder expresar
el sentido
de tu hermano ido.

Indignado
quisiste renegar
de todo honesto empeño,
quisiste estar lejos,
quisiste no saber
del desafío autoimpuesto,
no podías entender
lo que te pasó,
y tu mente estaba llena
de palabras y preguntas.

Como un niño chico
odiaste el mundo.
Y de noche
no pudiste dormir.

Habían pasado
tres meses
y mandaron a preguntar,
querían saber
cómo iba la obra,
si había posibilidad
de admirar lo hecho
hasta la fecha -
sin molestar
desde luego.

Enviaste saludos,
que no, no todavía,
que habías tenido
atraso,
que avisarías
a debido tiempo.

Más grande aún
te pareció
tu muralla imaginaria,
ahí estaba de nuevo
más maciza y pesada.

Enojo te sobrevino
y saliste a caminar
con más determinación,
buscaste otros rumbos,
nuevos barrios,
avenidas desconocidas
por entre gente
del todo lejana.

Una tarde,
de vuelta a casa,
intuiste su frente,
una luz en perfil,
qué sorpresa,
un comienzo,
esto es verdad,
dijiste,
y se alegró tu corazón.

Tiene otros ritmos
el arte,
otros tiempos,
madura de a poco
según el alma
crece y se muestra.

Como estaciones del año
tiene su clima
las marcas de un ciclo,
se recoge, para,
inicia lo nuevo
y después da frutos.

Sólo la mente
juega a diario
sus juegos livianos,
salta y une
y traza caminos,
pero no sabe nada.

En lo oscuro
del alma,
en lo profundo,
ahí recién nace
lo que mañana es luz,
línea, volumen,
acorde o canto.

Antes lo supo
tu hermano menor,
y ahora vas atrasado
por largas avenidas
recuperando de a poco
lo que ayer
se te fue de las manos.

Atrasado,
asombrado,
devoto y callado .

Ibas
camino a tu arboleda.
Un hombre y un perro
te antecedían:
el perro era joven,
quería ver y oler
todo a su paso -
el hombre, inexperto,
quería adiestrarlo,
tironeaba de la correa
y le apretaba el cuello.
A más enojo de uno
más desesperación del otro.

Te identificaste
con el pobre perrito
y saltaron lágrimas
a tus ojos claros,
lágrimas
apenas insinuadas
ya idas.
Sorprendido,
sin saber bien,
pero indignado aún,
te sentaste en una banca.

Paulatinamente
te reconociste
en el extraño juego.
¿Tironeabas de ti?
¿Te impedías
ser curioso y juguetón
como ese perro juvenil?

Se te apretó
la garganta.
Te levantaste
y caminaste
hacia la arboleda,
doblaste
en la otra dirección
y
llegaste tarde a casa.

Claro, recordaste,
tu hermano
siempre jugaba,
iba de locura en locura,
casi gracioso,
la risa presta,
desordenaba y revolvía,
probaba, ajustaba,
se ponía serio
y algo le pasaba
en su alma.

¿Cuándo juego yo?
¿Cuándo desordeno?
Si mi vida ha sido
este laborioso ordenar,
este edificar y construir
para ejemplo y bien
de los otros,
¿cuándo he jugado?,
¿lo sé hacer?

Intuiste
una gran pérdida
en los años ya idos,
y hacia adelante
una gran dificultad
para aprender
esto fácil y natural,
este ser curioso,
este perder el tiempo
siendo inútil,
feliz e inocente.

Y en su música,
viste de pronto,
está aquí y allá el juego,
el desorden primero
y después
sus maravillosos frutos,
liberados
y plenos de sentido.

Te sentiste cansado
al día siguiente,
cansado y feliz,
algo había pasado,
tu corazón iba ligero,
tu andar liviano,
no podías creer
tanto cambio
gracias a un perro
sano y curioso
que quería conocer
entorno y mundo.

Qué hubiese dicho él,
mi hermano, pensaste,
de mi conversión
en la calle,
cómo hubiese reído,
claro,
después de verme
empeñado y estricto
año tras año,
cómo hubiese asentido
feliz, relajado,
y mirando hacia adelante,
cómo habría confiado
- así como le gustaba hacer -
presagiando para mí
días felices y fructíferos,
el bien intencionado,
claro,
hubiese gozado
más que yo ahora,
así como lo conocí
desde temprana infancia
allá lejos
en la casa arriba del cerro,
así como recuerdo
su mirada curiosa,
su mente creativa
y en el corazón
su buen querer.

La tarde
estaba preciosa,
te quería parecer,
la luz
derramaba dulzura
sobre árboles y tierra,
niños corrían,
se perseguían gritando
y se miraban
llenos de vitalidad,
y hacia la distancia
el camino parecía
invitarte a ir,
a seguir para siempre
al encuentro sereno
de más y más felicidad.

Al otro día,
cuando entraste al taller,
te sorprendieron
los olores de greda y yeso,
nítidos y amistosos,
como dando bienvenida
a tu llegada,
el orden de útiles,
espátulas, lápices, trapos,
las tablas, el agua,
todo pareció saludarte
en disposición y paz.

Confirmaste algo,
una constelación propicia,
miraste, reflexionaste,
decidiste tomar distancia,
no arrojarte con prisa
sobre algo que venía
de todas maneras,
tarde o temprano,
mañana,
la próxima semana,
quién sabe,
pero que venía,
venía.

Fue un desayuno
grandioso, alegre,
amarillos y naranjas de fruta,
el aroma del pan caliente,
la luz del sol
sobre mantel y florero,
una fiesta
simple y poderosa
en el corazón rebosante.

Más tarde
te sentaste afuera
y miraste el prado,
arbustos y árboles
de tu jardín querido,
la vista yendo
de cosa en cosa
sin intención ni fin,
como paseo
de tu alma feliz
por instantes acordes.

¿Hace cuánto tiempo,
te preguntaste,
no me siento así,
paz en el alma,
a ser,
a no preguntar,
a no decidir,
a no enmendar ni corregir,
a dejar que todo sea,
y a participar
de la noticia de vida
que fluye en mi entorno?

Apoyada tu cabeza atrás,
al estilo de tu hermano,
dejaste que vayan las horas,
una tras otra,
santamente.

Tema y variaciones
para guitarra.

Un bajo
- seguro y lleno -
da consistencia armónica
en lo profundo,
tresillos encantadores
saltan aquí y allá
y llevan una luz vivaz
al corazón del tema,
mientras arriba,
delicada, asertiva,
una melodía
poderosa en su simpleza
dice melancolía,
dice anhelo,
dice esperanza,
así como sólo
una guitarra
sabe hacerlo.

Hermano,
tú aquí también, pensaste,
en este extraño lugar
del alma solitaria,
expresando
la primavera necesaria
después de un invierno
de sufrimiento y carencia,
cantando la verdad
de un sentir
joven e inocente
a pesar del pasado,
diciendo ingenuamente
quiero.

Y las variaciones.

Escribió
ocho variaciones -
el hermano bien dotado.

En la primera
bajó el tema
a los tresillos,
ahora más fuertes,
más locos tal vez,
creando un ir poderoso,
más seguro de sí.

En la segunda
llevó los tresillos
arriba,
los hizo jugar
infantil, graciosamente,
luz y danza
regalada al entorno.

En las próximas dos,
solemnes y lentas,
recordó momentos
de uno de sus inviernos,
el frío y el perseverar,
la melodía preciosa
trastocada y diciendo
sufro.

En la quinta
bajó la melodía,
dejó los tresillos
al centro, más lentos,
y arriba acompañó
lo que el canto,
grave, buscando,
decía en lo profundo.

La sexta variación
fue una explosión
de fuerza y luz,
agitada, acelerada,
excesos de vida
dichos por una guitarra
completamente loca.

En la séptima
dijo armonía
de mil maneras
bellas y distintas,
un paseo
por los dones
de un músico maduro
y desprendidamente generoso.

La octava variación fue
integración en el corazón,
el bajo
siendo seguro y pleno,
los tresillos graciosos
bailando inocentes
y arriba
la melodía exquisita
mostrando de nuevo
la validez
de su delicadeza encantadora.

Dejaste el original
sobre la mesa,
te reclinaste
pensativo, conmovido,
creyendo
que ninguna escultura,
ningún dibujo,
puede traducir
lo que tu hermano
escribió aquí un día
años atrás.

Una cosa es el oficio,
otra el otro oficio,
dijiste para ti,
el oficio del corazón.

Reconociste
que habías confundido
oficio con oficio
meses atrás
al aceptar el encargo,
y que uno te negó el otro
mientras
no mostrases maestría
en este más difícil
y que era la esencia
de tu hermano.

¿Podré ahora,
pensaste,
si voy al taller
y me largo
despreocupadamente?

Quizás,
pero no será hoy,
sentías,
hoy no querías,
confiado
que todo tiene su hora,
así como las embarazadas
un día van y dan a luz.

Hoy no,
pensaste,
hoy no.

Volviste a sentarte
en su sillón preferido,
miraste a tu alrededor,
el piano a dos pasos,
el cello apoyado
contra el librero,
las partituras reposando
en todas partes,
su presencia impregnada
en cuanto veías,
y anhelaste
una vez más
tenerlo vivo a tu lado.

Recordaste
una escena de niños.
Él jugaba
con unas bolitas,
tú con un camión
que cabía en tu mano
y con que él quería jugar.

Le propusiste
cambiar todo de dueño,
él te daba bolitas,
tú le dabas el camión.
Te las dio todas.
Le enseñaste
que todas las bolitas
valían
más que el camión,
que bastaban
tres bolitas.

Se sorprendió
y casi avergonzado
de ser injusto
dejó sólo tres.

Claro, te dijiste,
aún me gusta ser así.

Fuiste al taller.
Te encerraste.

Hiciste bocetos
en papel, en greda,
unos chicos,
otros más grandes,
sabías que estabas cerca,
la frente en luz,
mandíbulas, orejas,
todo hacía cada vez
más sentido,
paulatinamente se convertía
en una sola línea
en torno a hombros,
cuello, pelo, cara,
el carácter único
del hermano músico,
su última osadía
inspirando tu trabajo
serio y fuerte.

Saliste a caminar
otra vez,
a recorrer
tu avenida querida
de árboles altos.
La tarde inundaba
con su luz madura
el paisaje tranquilo.

Ahora sabías.

Aún no había busto,
pero en tu alma había
bondad y quietud,
confianza en tus manos,
y algún día
lo harías sin más.

Lo recordaste
sentado frente a ti,
mirando derecho a tus ojos
como acostumbraba,
la piel de su cara
pronta a sonreír
en luz y alegría,
entusiasmado
con las mil cosas
que le entusiasmaban:
niños, arte, flores,
bosques, animales,
bondad y honradez,
osadía y confianza.

Fue un privilegio
conocerlo,
pensaste,
conocerlo tan bien
como tuve ocasión,
tener su música,
poder comprenderla
a mi avanzada edad,
poder ir al pasado
y traerlo al presente,
al hermano músico,
al hermano querido,
y aprender de él
lo que por mí mismo
no hubiese sido capaz.

Claro,
sentiste,
gracias.

Durante la misma semana
hiciste la figura,
la greda se entregó
a tus manos rápidas,
y en los días siguientes
dos estudiantes ayudaron
con el yeso y el bronce,
con los muchos detalles
antes de la entrega.

Las autoridades
programaron la ceremonia,
hubo invitaciones
y mucha expectativa,
prepararon discursos
y secuencias de protocolo.

En el proscenio
casi no cupiste,
estaba repleto
con la gente importante,
los aplausos seguían
a los discursos
y finalmente
repartieron champaña
y hubo ovación.

Te fuiste a casa
sonriendo para ti,
pensando en la gente,
en tu trabajo,
y en lo que harías a futuro
en tu taller,
en la escuela,
y cómo ya nada
volvería a ser
como antes lo fue.